

Desde la restauración del diaconado permanente por el Concilio Vaticano II, la Iglesia está en un proceso de discernimiento sobre el lugar y las tareas que deben desempeñar los diáconos. Para ello es necesario tanto el estudio histórico como una reflexión teológica sobre el sacramento del orden y en concreto el tercer grado de este sacramento. Stefan Sander (n. 1962), diácono permanente del obispado de Osnabrück (Alemania) nos hace una reflexión tanto teológica como histórica sobre la figura del diácono y del sacramento del orden. Su objetivo es ayudar a los diáconos y a sus responsables a entender mejor el ser diácono y, desde ahí, encontrar los lugares propios del diácono para el desempeño de sus funciones.

Sander nos narra que, desde los inicios de la Iglesia, los *diakonoi* aparecen como el ministerio más estable después de los *episkopoi*, atendiendo funciones específicas tanto en la liturgia como de liderazgo dentro de la Iglesia. Sin embargo, a lo largo de los siglos, el sacramento del orden es percibido cada vez más desde su capacidad de administrar sacramentos, en concreto, la Eucaristía y el perdón de los pecados. Como consecuencia, la figura del diácono se va debilitando y sus funciones son absorbidas por los presbíteros. Durante estos siglos se oscurece por tanto el primer grado del orden. Frecuentemente los obispos son vistos como presbíteros con autoridad de gobierno y muchas veces ya no se habla de *ordenación* sino de *consagración*, y el diaconado se convierte en un mero paso hacia el presbiterado.

Cuando el diaconado permanente es restaurado por el Vaticano II surgen dudas sobre su ser y su lugar dentro de la Iglesia. Esto, al menos en parte, es fruto de la falsa concepción del sacramento del orden. Me-

dante éste, el ordenando se convierte en clérigo y por tanto actúa representando sacramentalmente a Cristo, al igual que el presbítero (cada uno en sus tareas propias). Sander nos hace una reflexión al respecto: igual que no podemos reducir el ser y la sacramentalidad del presbítero a los momentos que imparte sacramentos, no podemos negar la potestad y la autoridad que es conferida al diácono mediante el sacramento del orden. Esta potestad y autoridad le posibilita actuar *in persona Christi*.

Sander subraya en varias ocasiones que el diácono es una figura llamada a dirigir dentro de la Iglesia principalmente las distintas tareas de caridad, pero a mi modo de ver no debemos olvidar que el diaconado está construido sobre tres pilares: la caridad, la liturgia y la palabra. Por lo cual sus tareas deben estar dentro de estos tres pilares y, como dice Sander, el espectro para la diaconía es muy amplio. Al respecto no nos debemos olvidar que el diácono no es un ayudante del sacerdote sino del obispo, y como ministro ordenado ha recibido una potestad para liderar y pastorear y está llamado a hacer presente a Cristo en medio del pueblo. Por tanto, más allá de sus tareas propias en la caridad y en el ministerio de la palabra, tenemos que re-descubrir el lugar propio del diácono como representante de los «pequeños» y necesitados en la liturgia. El autor nos ayuda pues a reflexionar sobre esta figura y no cabe duda que su libro puede ayudar a que presbíteros y laicos, pero también a obispos y responsables del diaconado permanente, entiendan mejor esta figura y sepan discernir cuáles son los lugares para estos *virii probati* en la Iglesia del siglo XXI.

Eduardo LUDWIG